Imanol Noia (a la izquierda) y Amets Odriozola posan en San Sebastián. / JESÚS URIARTE

Desconocidos y desatendidos

Los transexuales masculinos demandan más investigación y una mejor atención sanitaria

JUNE FERNÁNDEZ
Bilbao

Frente a las transexuales femeninas, más conocidas y presentes en los medios de comunicación, pero también estigmatizadas y afectadas por la prostitución o el paro, la transexualidad masculina es una realidad a la que pocas personas sabrían ponerle cara. Los guipuzcoanos Amets Odriozola e Imanol Noia, dos de los más de 30 transexuales masculinos que viven en Euskadi y Navarra, esperan que logrando visibilidad trascienda su principal demanda: una atención sanitaria pública y de calidad que investigue para perfeccionar el tratamiento de reasignación sexual y determinar sus riesgos.

Ambos tenían claro desde niños que se identificaban con los chicos, aunque no supieran ponerle nombre. "La transexualidad no es una patología, sino algo presente en la naturaleza que cuestiona la bipolaridad rígida, pero la sociedad no acepta la ambigüedad", explica Iván Garde, presidente de la asociación navarra de transexuales Ilota Ledo.

"Mi hijo me soltó un día: 'Tú antes eras una chica' y le dije que sí. Con los niños es todo más fácil"

"Cuando de pequeño te niegan tu identidad, aparcas en el subconsciente tus sentimientos y creas una identidad artificial, hasta que un detonante hace que aflore todo". Un programa televisivo sobre transexuales femeninas y una charla con un transexual masculino catalán fueron los de Amets e Imanol.

A Odriozola su médico de cabecera le asignó a un psicólogo y un endocrino, aunque relata que le confesaron que "lo que saben sobre el tema lo van aprendiendo" con él. No todos tienen esa suerte: como la Seguridad Social no excluye la transexualidad, pero tampoco la incluye de manera explícita en el catálogo de prestaciones, muchos especialistas rechazan a estos pacientes por prejuicios o comodidad, lo que les obliga a desplazarse a otras provincias o pagar a médicos privados. Es el caso de Noia quien, tras una mala experiencia en el Hospital de Cruces, acudió a un cirujano plástico no especializado que le dejó más cicatrices de las habituales en el pecho.

Muchos psicólogos "intentan convencerte de que no eres transexual y diagnostican doble personalidad o el Síndrome de Peter Pan, pudiendo provocar patologías", critica Garde. Quienes lo aceptan a menudo exigen que, antes de hormonarse, el paciente se enfrente a la sociedad como hombre durante dos años, lo que considera "mucho pedir, porque qué menos que ayudarse de algún cambio físico", reclama.

Lejos de lo que se suele pensar, la operación genital no es la intervención principal y muchos deciden prescindir de ella. "No cubre las expectativas, provoca complicaciones para orinar y pérdida de sensibilidad. Los genitales no definen a una persona ni garantizan la aceptación social, porque las mujeres transexuales siguen estigmatizadas", argumenta. "Es una decisión difícil", coinciden Amets e Imanol, "porque quieres verte completo, pero entraña riesgos". Ambos recuerdan la operación de pecho como el paso más importante, además de las hormonas, con las que en menos de seis meses aparece el vello, cambia la voz y se endurecen los rasgos y la complexión. "El entorno visualiza el cambio, y a partir de ahí es todo más fácil", señala Garde. "Es un gran avance porque permite poder vivir en nuestro sexo", apunta Noia.

Odriozola recuerda el temor de que la testosterona provoque osteoporosis y colesterol alto. Por ello, la principal reivindicación de los tres es que se investigue más para conocer los efectos secundarios, contar con buenos especialistas y perfeccionar las operaciones genitales. "Pero, además de la resistencia ideológica, somos pocos y no salimos rentables", lamenta Imanol.

Los hombres no suelen tener problemas para conseguir o conservar el trabajo. Iván es camionero; los compañeros del curso de Auxiliar de geriatría de Amets respetan su condición, e Imanol, que vivió el cambio cuando era profesor de la UPV, donde todos le apoyaron, es ahora profesor de aerobic. Los dos vascos encuentran complicado buscar pareja y dicen no tener prisa por encontrarla, mientras que Garde convive con su mujer y su hijo: "Nos cuesta profundizar en las relaciones por miedo, pero a ella no le importa. Mi hijo me soltó un día: 'Tú antes eras una chica' y le dije que sí. Con los niños es todo más fácil".

Aunque es difícil explicar al entorno "que no ha socializado contigo, sino con una imagen falsa", indica, los tres se sienten respetados. Amets, que vive feliz en la pequeña localidad de Astigarraga, lo tiene claro: "Es fundamental contar con apoyo familiar, y yo lo he tenido. También depende de la actitud vital. Hay que ser natural y tener intuición para saber cuándo dar cada paso". "Fijarse pequeños objetivos progresivamente" es para Imanol el mejor consejo para aceptarse y ser aceptado.

Lejos del tópico, la operación genital no es la intervención principal y muchos prescinden de ella

La nueva Ley de Identidad de Género hace más sencilla la tramitación de la nueva identidad, pero no resuelve una reivindicación clave: regular que la Seguridad Social cubra el proceso. Así, se controlaría la objeción de conciencia y el tratamiento (cada operación vale unos 6.000 euros) dejaría de ser privativo. Quedan más asignaturas pendientes, recuerdan: incluir en la norma a menores e inmigrantes, omitir el término *diagnóstico* de la ley porque supone patologizar al colectivo, y poder cambiar de nombre al iniciar el proceso.

Brillantes inteligencias

LUIS DANIEL IZPIZUA

No me refiero a Xabier Arzalluz ni a Carlos Garaikoetxea, que nos han deleitado este fin de semana con sendas entrevistas. A uno le preocupan los roqueros de su partido y al otro le preocupa Ferraz. El primero, en un discurso que en una primera impresión parece tabernario, nos despliega su teatralidad de hombre de púlpito para redondear su personaje de hombre común de base, paradigma y modelo a seguir. El segundo, como casi siempre, nos muestra su aranismo de corbatilla. A los dos les molesta muchísimo Imaz, que viene a ser la línea divisoria entre la sensatez y la arqueología. En fin, para qué seguir. Además, me he acordado de que estoy de vacaciones, y me revienta este empeño de los políticos por ocuparnos el verano, celosos ya hasta de que les chupen el plano los huracanes o el tiburón de Tarragona. Mis brillantes inteligencias nada tienen que ver pues con lo que se cuece entre Zarautz y Lazkao, sino que son dos hombres que, para bien o para mal, influyeron en la marcha del mundo, aunque fueron capaces de interesar también a su época por miserias similares a las que nos afectan a usted o a mí, estimado lector. Y es que si la vanidad de los políticos se mide por lustros, de ahí que puedan ser personas muy poco recomendables.

Jean-Jacques Rousseau tenía un perro llamado *Sultán,* y tenía también otro perro innominado que le roía la espalda, o quizás el alma. Y le gustaba la apartada vida rural. David Hume no tenía perro y era un hombre sensato, de buen talante, bonachón y amante de la vida. Le gustaba, además, la vida urbana. De ambos, y de la disputa que hubo entre ellos, trata uno de los libros más instructivos e interesantes que he leído este verano. Se titula *El perro de Rousseau* y lo han escrito David Edmonds y John Eidinow, que ya nos deleitaron anteriormente en *El atizador de Wittgenstein* con la disputa entre Popper y el filósofo que da título al libro. Entre Pop y Wit nunca pudo esperarse conciliación alguna, como tampoco hubiera podido esperarse ningún acuerdo entre Rousseau y Hume si no hubieran mediado circunstancias especiales. Hubo, sin embargo, una relación amistosa entre ellos, o al menos uno quiso ayudar al otro…y salió trasquilado. Al que no le pasó nada fue al perro.

David Hume llegó a París el 18 de octubre de 1763 como subsecretario del nuevo embajador inglés. Tenía 52 años y había escrito ya prácticamente toda su obra, en la que sobresale el *Tratado de la naturaleza humana*, escrito con 27 años y considerado hoy una de las obras maestras de la filosofía de todos los tiempos. El libro, sin embargo, pasó desapercibido en su época, un destino similar al que tuvieron sus demás obras filosóficas. Su prestigio se lo debía a su monumental *Historia de Inglaterra* y Hume no se sentía cómodo en Londres, en medio de una sociedad que en su opinión no valoraba como se merecían los esfuerzos intelectuales. Su marcha a París supuso para él el encuentro del paraíso. Nada más llegar se encontró convertido en una celebridad, y no había salón que mereciera tal nombre si no contaba con la presencia de "le bon David". Soltero y poco agraciado, se vio además agasajado por las mujeres más célebres de su tiempo, entre ellas Mme. De Boufflers, que tendrá un papel relevante en esta historia. Mientras tanto, Rousseau se veía obligado a huir de Francia, tras haber publicado *Émile.* Tendrá que huir también de Ginebra, de Iverdon, de Môtiers —donde los vecinos le apedrean la casa—, etcétera. Enemigo de los *"philosophes"* —es decir, de los amigos de Hume—, que lo consideran una persona desagradable y poco de fiar, algunos de sus fieles, entre ellos Mme. De Boufflers, le proponen que huya a Inglaterra, para lo que contarán con la ayuda de *"le bon* David". Este lo acompañó a Inglaterra, lo acomodó, le negoció una pensión real, etcétera, pero…

Jean-Jacques Rousseau (1712-1778).

Rousseau tenía una personalidad paranoide, que veía conspiraciones por todas partes, y acabó convirtiendo a Hume en el principal agente de una conspiración universal urdida contra él. Y Hume encajó mal el golpe, en lugar de no haber prestado atención a aquella víbora. Movilizó a sus amigos parisinos contra la calumnia de Rousseau, pero digamos que perdió la batalla ante quien todos veían, y él era muy hábil para hacerlo ver así, como un pobre ser desdichado. ¿Por qué perdió su sensatez *"le bon* David"? Tal vez porque temió el ultraje que podía sufrir su buen nombre, y porque era consciente de que se enfrentaba a la mejor pluma de su tiempo, ocupada entonces, como él bien sabía, en escribir sus memorias, esa obra maestra que serán las *Confesiones.* La moraleja que extraen los autores del libro es que los cuerdos no pueden hacer sensatos a los dementes, mientras que los dementes pueden enloquecer a las personas cuerdas. Una moraleja que nos viene al pelo.